

bían manifestado los Estados Unidos: que Francia tenía el derecho de hacer la guerra á México, determinando por sí misma la causa que la motivaba; pero que ellos tenían á su vez el derecho de insistir, en que Francia no debía aprovechar las ventajas que alcanzara en esa guerra, para crear y sostener en México un gobierno anti-republicano y anti-americano. (1)

Los escritores norteamericanos que combatían el establecimiento del Imperio en México, hacían referencia constantemente, á las instrucciones dadas al general Forey por el Emperador de los franceses, al señalarle la política que debería seguir respecto á los negocios del Continente americano. La base de esta política debía consistir en la formación en México de una monarquía que restituyese á la raza latina, en este lado del Atlántico, toda su fuerza y su prestigio con cuya política la influencia y los intereses de la Francia sobrepujarían á los de los Estados Unidos, y se impediría que éstos se apoderasen del Golfo de México, y se constituyeran en únicos dispensadores de los productos del Nuevo Mundo. La monarquía presidida por Maximiliano, venía á ser precisa consecuencia de esa política, aunque, según el parecer de los escritores norteamericanos, se opusiera á ella la voluntad del pueblo mexicano, sojuzgado por la soldadesca europea, sostenedora de una esclavitud disimulada que se reveló en ciertos decretos expedidos por el Gobierno imperial en México.

(1) El 12 de Febrero de 1896 dirigía M. Seward un despacho al marqués de Montholón representante de Francia en Washington, en el que analizó detenidamente otro del Ministro Drouyn de Lhuys, enviado el 9 de Enero al gobierno de los Estados Unidos, por el cual se deslindaba y ponía de manifiesto la política de la Francia en la cuestión mexicana. Declaraba el gobierno francés, que no era en manera alguna hostil á las instituciones del Nuevo Mundo y mucho menos á las de los Estados Unidos: que estaba dispuesto á retirar sus tropas en el menor espacio de tiempo posible; insistía en que el ejército francés, al entrar en México, no llevó las tradiciones monárquicas en los pliegues de sus banderas, y no creyó de su deber oponerse al esfuerzo supremo de un partido poderoso, organizado mucho antes de llevarse á cabo la expedición; que el pueblo mexicano había llamado al Emperador Maximiliano, y que el gobierno francés había creído que el de Maximiliano era el más propio para establecer la paz en México, y que por lo tanto le había prestado su apoyo.

Seward contestó: que los Estados Unidos no habían visto prueba alguna satisfactoria, de que el pueblo de México hubiese llamado al Emperador Maximiliano, y en términos enérgicos y claros afirmó, que en aquellas circunstancias existía una guerra política entre Francia y la República Mexicana, guerra peligrosa y nociva para los Estados Unidos y las instituciones republicanas; en tal concepto, pidió que se la pusiera fin cuanto antes. Recomendó con instancia que se cumpliera sin pérdida de momento, la promesa de retirar de México todas las tropas francesas y con sutileza diplomática dió á entender, que los Estados Unidos jamás reconocerían en México otra forma de gobierno que la republicana.

CAPITULO SEXTO.

Continúan los errores y vacilaciones de Maximiliano.—Choques con Bazaine.—Es enviado el Padre Fischer á Roma.—Declaración del Austria respecto á voluntarios para México.—Maximiliano cambia su Ministerio.—No consigue organizar el gobierno.—Le sorprende el anuncio de que se retira la expedición francesa.—El cambio de ministros nada significó.—Napoleon III varia completamente su política respecto á México.—Los planes de los economistas franceses aquí.—Venida del baron de Saillard.—Fija el término de la expedición francesa en México.—Profunda decepcion de Maximiliano.—Separa de la delegacion en Paris al ministro D. José Hidalgo.—Lo reemplaza el general Almonte.—Instrucciones recibidas por el ministro Danó.—Aplicación de rentas á los gastos de la expedición.—Plazos fijados para la retirada de las tropas.—Asombro y disgusto en la Corte de Maximiliano.—Mision del general Almonte á las Tullerías.—Lancunza en el Ministerio de Hacienda.—Su plan financiero.—Se apoya en el auxilio pecuniario de la Francia.—Accede Bazaine á proporcionar recursos.—Atiende Maximiliano á la brigada austro-belga.—Se opone á que la mande un jefe francés.—Bazaine insiste en la formacion de los "Cazadores de México."—De qué manera se organizaron.—El gobierno norte-americano se opone á la venida de nuevas fuerzas austriacas.—El gobierno de Austria accede á esta pretension.—Asalto sufrido por la comision belga.—Crecimiento de la revolucion en los Estados de Oriente.—Situacion de Oaxaca, Tabasco y Yucatan.—Derrota de los imperiales en Jonuta.—Avanza la insurreccion hasta el centro del Imperio.—Sucesos ocurridos en los Estados de Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí.—Van-der-Smissen en Nuevo Leon.—Insubordinacion de la fuerza belga.—Tamaulipas.—Difícil estado de los puertos de Matamoros y Tampico.—Auxilios enviados al primero de estos.—Sucesos de Parras.—Combate en Santa Isabel.—Nuevos esfuerzos de Clinchant y Aymard en Michoacan.—Estados de Occidente.—Jalisco y Colima.—Continúa sangrienta la lucha en Sinaloa.—Vacilacion del jefe Lozada.—Avanza al Rosario y se retira.—Corona es nombrado general en jefe del ejército de Occidente.—Quédanle encargados Jalisco y Colima.—Sigue prestando apoyo á los liberales de Sonora.—García Morales se posesiona de la villa de Magdalena y Martínez de Hermosillo.—Impulsa la revolucion el general Pesqueira.—Combates en el Estado de Chihuahua.—El general Terrázas toma la capital del Estado.—Mr. Seward continúa en su política juarista.—Banquete ofrecido en Washington á la Sra. de Juarez.—Las cámaras norteamericanas no cejan en su oposicion al Imperio.

Error gravísimo de Maximiliano fué sostener con Bazaine lucha tenaz durante dos años, en cuyo tiempo demostró que le faltaba talla para conducir á bu en fin la difícilísima empresa de fundar en México un Imperio. Muy accesible á todo lo que pudiera exaltar su espíritu, fácil de convencerse y mal aconsejado, se dejó persuadir demasiado pronto, de que el concurso de la Francia le era inútil.

Uno de sus primeros ministros, D. Fernando Ramirez, le repetia constantemente que el dia en que los batallones franceses hubieran dejado á México, el Imperio mexicano seria verdaderamente fuerte. Este parecer, levantado en las frágiles alas de la ilusión, se aferró con facilidad en el ánimo de Maximiliano que sentia muy falsa su posicion de Monarca elegido y á la vez impuesto y sostenido por la fuerza extranjera; de aquí el ahinco en mostrar á los mexicanos que habia adoptado su nacionalidad, y con ella sus costumbres y usos, procurando que se olvidara el origen extranjero del Emperador.

Esos esfuerzos en pró de una posicion independiente, desagradaron al comandante en jefe frances y ocasionaron la antipatía que manifestó contra Maximiliano, sin poder dominar muchas ocasiones sus sentimientos. Atribuía á Maximiliano mala voluntad contra el gobierno frances, siendo que hasta entonces no la tenia en realidad sino contra el Mariscal que le acusó de ingrato. Se estableció la lucha entre ambos, escudándose Bazaine con el título de representante del Emperador frances, y prevalido del de comandante en jefe del ejército expedicionario se dejaba llevar de sus pasiones, influenciado por las miserias humanas. Se mostró impaciente y altivo, sentimientos que confundió con el de la dignidad, y equivocó la terquedad con la firmeza. Ambos olvidaron que la buena inteligencia que debia reinar entre ellos, habia de ser el único medio de evitar un desastre inminente.

El papel de Bazaine tenia que ser el de protector enérgico y hábil, y para ello necesitaba de las simpatías de su real protegido. Este buscaba y pidió el relevo de su émulo, sin lograr su peticion, porque el gobierno frances se mostró adusto y lo más que hizo fué facultar al Mariscal para que regresara á su país, concesion indeterminada que Bazaine no quiso usar.

Los Emperadores mexicanos no podian, en su orgullo de familia real, admitir que Bazaine ejerciera con ellos una conducta de superioridad que mucho les hería; por esto sus quejas con Napoleon habian hecho ya, que desde Enero de 1866 se le prescribiese al comandante en jefe, que no ejerciera su influencia sino con gran reserva, aunque á pesar de las quejas de Maximiliano no se le daria ya ni un soldado más. Pero se le aprobaba á Bazaine que concentrara las tropas entre S. Luis, Aguascalientes y Matehuala, así como que fuera reduciendo gradualmente la accion militar del ejército de ocupacion; además, se apeló á la abnegacion del general en jefe, para que no regresara con las primeras tropas que volvieran á Francia y que aceptara la tarea hasta el fin de la retirada.

No obstante lo que pasaba, la Córte de México insistia en que Napoleon enviara nuevas tropas y en la creacion de grandes recursos. Considerando que Bazaine era el único obstáculo para conseguirlos, y por lo mismo el solo sério opositor para el triunfo de la causa del Imperio, suponía erróneamente Maximiliano á la Francia dispuesta para acudir en su auxilio; Bazaine, que por fin habia llegado á estar al tanto de las intenciones del gabinete de las Tullerías hasta fines de 1865, y que conocia la opinion pública dominante en Francia y los

Estados Unidos, no pretendia ya el aumento de las fuerzas expedicionarias; en su opinion se habian perdido muchos hombres y gastado mucho dinero, y el elemento mexicano era impotente; en una palabra, no debia seguir la Francia en pos de nevas aventuras. En-horabuena que Maximiliano buscara recursos; pero no debió hacerlo á expensas de la Nacion Francesa, y Bazaine consideraba estéril para decidir el triunfo del Imperio, un aumento de fuerzas; veia las intrigas y las defecciones de la Córte y el cuadro enervante de las dificultades financieras renovadas incesantemente. Los que criticaban á Bazaine ignoraban las instrucciones de su gobierno, que prescribian evacuar determinadas plazas desde los primeros dias del año de 1866.

Tal situacion alimentaba la multitud de extraños rumores, en que se alternaban la esperanza con la alarma. Se daba por indudable la partida de ejército frances, y á poco se anunciaba la llegada de refuerzos; por la mañana se consideraba que los Estados Unidos estaban decididos á romper el fuego contra el Imperio, y por la tarde se afirmaba que eran aliados de la Francia para garantizar el porvenir del Imperio Mexicano; algunos daban por verificado un tercer empréstito, y otros sostenian que estaba perdido el crédito y sin esperanza de mejoría la hacienda pública; á todas horas se hablaba de un cambio notable en la marcha del gobierno, ya en un sentido, ya en otro diametralmente opuesto.

Esa contradiccion de opiniones indicaba que nada sólido habia en ninguna de ellas, excepto la relativa á la desocupacion de México por las tropas francesas, para lo cual se afirmaba que existia una convencion y aun se indicaba que estaba fechada el 15 del próximo anterior Septiembre, á semejanza de la concluida para la desocupacion de Roma. Resultado de tanta contradiccion era el malestar del espíritu público, la ansiedad á causa de una situacion tan mal definida y el sentimiento general de que aquel estado de cosas no podia prolongarse.

Empeñado Maximiliano en que se concluyera el Concordato, envió á Roma un nuevo agente, el Padre Fischer que habia sido cura párroco de Parras y le dió amplias instrucciones en favor de un avenimiento con la Córte pontificia. En esos dias estaban empeñadas negociaciones muy activas con Austria y Bélgica, para la formacion de una fuerte legion extranjera que vendria á México destinada á reemplazar por lo menos una parte del ejército frances que se retiraba.

El gobierno de Austria, urgido por la actitud de los Estados Unidos, declaró por la prensa, que no era cierto que vinieran á México tropas del ejército austriaco, y que lo único verdadero se reducía á que se habia concedido autorizacion á los soldados cumplidos y licenciados que quisieran servir en México bajo las banderas de Maximiliano por el plazo de seis años, no excediendo anualmente de dos mil hombres los que pasaran en este concepto á México.

Frente á estas restricciones se presentaban las oficinas de enganche en Brownsville y otras poblaciones de Texas, donde se efectuaron rápidamente alistamientos, al grado de haberse esperado en Matamoros de un momento á otro

un ataque y que aquellas fuerzas unidas con las de Escobedo avanzarían después sobre Monterrey. Por esos días embarrancó en Bagdad una goleta cargada de armas y municiones, consignadas al proveedor del cuartel general del 25 cuerpo, y todo fué embargado por los imperialistas.

Maximiliano veía trascurrir el tiempo sin que se lograra organizar, aunque fuera alguno de los ramos de su gobierno. En el importantísimo de Hacienda había esperado el prometido y eficaz auxilio de M. Langlais, que nada pudo hacer. Tampoco logró introducir alguna mejora en el erario el subsecretario César, á quien le fué admitida la renuncia al comenzar el mes de Febrero, dejando el ramo de las finanzas en el mismo desorden en que lo encontró.

Tratábase en esos días de la reducción de los ministerios y de las economías que se pudieran introducir, después de haber fracasado las esperanzas fundadas en la inteligencia y demás dotes del economista M. Langlais. Cruzaban la atmósfera política rumores y augurios que, aunque no eran confirmados por hechos oficiales, demostraban la alarma general y la excitación que embargaba los ánimos.

Estaba en Cuernavaca Maximiliano, cuando supo que el Emperador Napoleón, en su discurso al abrir las cámaras, dijo refiriéndose á México: "El año pasado había expresado la esperanza de que nuestra expedición tocaba á su término. Estoy en arreglos con el Emperador para fijar la época del regreso de nuestras tropas, á fin de que se efectúe sin comprometer los intereses de la Francia que han ido á defender en aquellas lejanas comarcas."

En la 'Exposición general de la situación del Imperio' comunicada por el gobierno francés al cuerpo legislativo á principios de 1866, se dijo lo siguiente que debió desalentar á los imperialistas: "El gobierno francés, al emprender la expedición á México, llevaba un fin al cual iba subordinada su conducta y del cual todavía dependen sus decisiones. Hemos ido á México para obtener reparación y no á ejercer proselitismo en favor de la causa de la monarquía. Nuestros soldados no están en México para intervenir. El gobierno imperial constantemente ha sostenido esa doctrina, como del todo ajustada á los principios fundamentales de nuestro derecho. México está hoy regido por un gobierno regular, celoso de cumplir los compromisos que ha contraído respecto de las personas y de los bienes de los extranjeros. Cuando se hayan celebrado los arreglos necesarios con el Emperador Maximiliano, lejos de repudiar las consecuencias de nuestros principios, en materia de intervención, los aceptaremos como regla de conducta de las potencias todas. *

* El gobierno francés insistía en repetir que el único objeto de la expedición á México, fué el de reclamar con motivo de los daños y perjuicios resentidos por sus nacionales y garantizar los intereses de estos en lo sucesivo. Pero "La Presse," periódico de París, citó documentos diplomáticos de hacia cuatro y cinco años, con los que probó que la Triple alianza y la Intervención francesa, contaban entre sus principales fines políticos, el de cooperar aquí al establecimiento de una monarquía y poner coto al espíritu de expansión de los Estados Unidos.



Don José Urbano Fonseca,

Consejero del Emperador Maximiliano de Hapsburgo.

En las conferencias habidas en Orizaba, en Noviembre de 1866, para tratar de la continuación del régimen imperial y de la abdicación de Maximiliano, el Sr. Fonseca, Presidente de la Comisión de Gobernación, encargada de dictaminar acerca de la carta por la cual devolvía el Emperador el poder que había recibido para gobernar, votó en contra de esta determinación después de haber pedido aclaraciones á los consejeros sus colegas, pues creía que Maximiliano había tomado una resolución y no pedía una consulta. La comisión que presidía el Sr. Fonseca dictaminó, que no eran bastantes las causas que exponía el Emperador para abdicar, y en consecuencia, se suplicaba á Su Majestad se sirviera prescindir por entonces del pensamiento que contenía la carta sobre renunciar el poder.